

De lealtades y tradiciones. El enfrentamiento de la JP Lealtad con Montoneros a través de sus revistas

Daniela Slipak

Resumen

El presente artículo analiza las revistas argentinas *El Peronista Lucha por la Liberación* y *La Causa Peronista*, editadas por la organización Montoneros desde abril a septiembre de 1974, y *Movimiento*, ligada a la Juventud Peronista Lealtad durante el mismo periodo. Asumiendo que las tradiciones no constituyen legados cerrados sino herencias en constante invención, se explora la significación que dichas publicaciones articularon sobre el peronismo. ¿Qué sentido se otorgaba al vínculo con Juan Domingo Perón en cada revista? ¿Cómo se pensaba la relación con el resto de los actores del Movimiento Peronista? ¿Qué papel se atribuía a la violencia? Respondiendo dichos interrogantes, se examina el modo en que cada espacio configuró su identidad política.

Palabras clave: Juventud Peronista Lealtad, Montonero, revista, identidades políticas.

Abstract

On loyalties and traditions. The confrontation between JP Lealtad and Montoneros through their magazines

The article analyzes the Argentinean magazines *El Peronista Lucha por la Liberación* and *La Causa Peronista*, published by Montoneros organization from April to September 1974, and *Movimiento para la Reconstrucción y la Liberación Nacional*, tied to the Juventud Peronista Lealtad during this period. Assuming that the traditions do not constitute closed legacies but inheritances in continuous re-invention, the article explores the meaning that those publications presented on the Peronism. What sense

was granted to the link by Juan Domingo Perón in every magazine? How was thought the relationship with the other actors of the Movimiento Peronista? What position was assumed around the political violence? Answering the above mentioned questions, the article examines the way in which each organization formed its political identity.

Key words: Loyalty Peronist Youth, Montonero, magazine, political identities.

I. La Juventud Peronista Lealtad

No pocos estudios se han abocado a analizar el enfrentamiento que la organización Montoneros tuvo con Juan Domingo Perón desde su llegada definitiva a la Argentina, luego de 18 años de exilio político.¹ En ellos, el relato acerca de los intensos meses que preceden al llamado Proceso de Reorganización Nacional se ordena bajo el diagnóstico de una creciente rechazación del tercer gobierno de Perón en paralelo a una ascendente radicalización de Montoneros. Siguiendo esta línea, la inicial simpatía de Perón hacia la guerrilla, apodada por él como “formaciones especiales” del Movimiento Peronista, habría trocado en enemistad explícita con posterioridad al triunfo electoral del Frente Justicialista de Liberación Nacional (Frejuli) en marzo de 1973. Algunos trabajos, no obstante, prefieren situar las tensiones entre ambos desde los inicios de la relación, descartando el carácter sorpresivo de dicho enfrentamiento. La correspondencia que circuló entre Perón y Montoneros hacia comienzos de 1971, con motivo del “ajusticiamiento” del ex presidente de facto Pedro Eugenio Aramburu, ya habría expresado, desde esta perspectiva, un incómodo diálogo.² De todas maneras, independientemente del momento identificado como punto de quiebre del vínculo, la sucesión de acontecimientos que suelen citarse para narrar la crónica de la ruptura es la siguiente: la destitución de Rodolfo Galimberti del Consejo Superior del Movimiento Nacional Justicialista luego de que pronunciara la necesidad de formar milicias urbanas en un acto de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) en abril de 1973;³ las críticas de Perón a la Tendencia Revolucionaria

¹ Véanse De Riz (1981); Gillespie (1982); Ratliff (1993); Anzorena (1998); Svampa (2003); Sigal y Verón (2004: 143-255); Caviasca (2005); entre otros.

² Tal es el atractivo del trabajo de Sarlo (2003: 156-165). El mismo razonamiento puede encontrarse en Lanusse (2007: 260-262). La tensión inicial también es reconocida por Roberto Perdiá, quien, proveniente del Partido Demócrata Cristiano, se incorporó a Montoneros, llegando posteriormente a ser un miembro de la Conducción Nacional. Véase Perdiá (1997: 135).

³ La UES fue una de las tantas agrupaciones de superficie que promovió Montoneros para extender los alcances de su organización político-militar. Con este objetivo se integraron o crearon, además, las Juventudes Peronistas Regionales (JPR), la Juventud Universitaria Peronista (JUP), la Juventud de Trabajadores Peronistas (JTP), el Movimiento Villero Peronista (MVP), el

en el discurso del 21 de junio, posterior a las muertes de Ezeiza;⁴ el asesinato del Secretario General de la Confederación General del Trabajo (CGT), José Ignacio Rucci, el 25 de septiembre;⁵ la reforma del Código Penal que catalogaba bajo la figura de asociación ilícita a las agrupaciones que se consideraran “subversivas”, con la consiguiente renuncia de ocho diputados de la Juventud Peronista y su posterior expulsión del Movimiento a fines de enero de 1974; el relevo progresivo de los gobernadores afines a la Tendencia;⁶ las declaraciones de Perón el 1º de mayo con el consecuente abandono de muchos militantes juveniles de la Plaza; y la disolución de la Rama Juvenil del Partido Justicialista el 25 del mismo mes.

Ahora bien, bastante menos analizada ha sido una de las consecuencias que dicho enfrentamiento conllevó para el espacio de pertenencia de Montoneros: la escisión de militantes de distintos niveles de la Tendencia Revolucionaria, y la conformación de la Juventud Peronista Lealtad (JP Lealtad) entre fines de 1973 y comienzos de 1974, con expresiones en el ámbito secundario, universitario y sindical (respectivamente, la Unión de Estudiantes Secundarios Lealtad, la Juventud Universitaria Lealtad y la Juventud Trabajadora Peronista Lealtad), además de un reducido sector armado (Montoneros Soldados de Perón). Impulsadas por el desacuerdo frente al asesinato de José Ignacio Rucci, las rupturas alcanzaron a las JPR, a la JTP, a la JUP, a la UES, al MVP y, finalmente, al círculo militar. Los quiebres

Movimiento de Inquilinos Peronistas de Hoteles, Pensiones e Inquilinatos (MIP), y la Agrupación Evita (AE). La conjunción de todos estos espacios, hegemonizados por Montoneros, era reconocida como la Tendencia Revolucionaria del peronismo.

⁴ Diferentes perspectivas sobre los sucesos de Ezeiza pueden leerse en Verbitsky (1998); y Amaral (2010).

⁵ Montoneros nunca asumió públicamente la autoría del hecho. Sin embargo, dada la disputa que la organización tenía con los sindicatos al interior del Movimiento y las repetidas amenazas que ésta había propagado a Rucci (“Rucci traidor, a vos te va a pasar lo mismo que a Vandor”, se oía recurrentemente en los actos de la Tendencia Revolucionaria), todas las miradas (incluida la de Perón) convergieron hacia allí. Al respecto, véase Reato (2008).

⁶ En noviembre de 1973 se intervinieron federalmente los tres poderes de la provincia de Formosa, tras un pedido de juicio político al gobernador Antenor Gauna; en enero de 1974 se reemplazó a Óscar Bidegain por Victorio Calabró en Buenos Aires; en marzo, el cordobés Ricardo Obregón Cano fue depuesto por el “Navarrazo”, golpe policial con colaboración de la Juventud Sindical Peronista (agrupación de la CGT); en junio, el gobernador mendocino Alberto Martínez Baca fue suspendido a raíz de un pedido de juicio político, interviéndose posteriormente la provincia; por último, Jorge Cepernic y Miguel Ragone, de Santa Cruz y Salta, respectivamente, fueron destituidos después de la muerte de Perón, siendo el primero de ellos asesinado por la Alianza Anticomunista Argentina, y el segundo, detenido-desaparecido en el “Proceso de Reorganización Nacional”. Para un estudio sobre los avatares corridos en dichas provincias hasta 1976, véase Servetto (2010).

se sucedieron proclamando la defensa del proyecto de Perón y el abandono del “militarismo” y la violencia sistemática de Montoneros.⁷ Desde febrero a mayo de 1974, los diarios nacionales publicaron referencias sobre éstos, provenientes de disímiles ámbitos de militancia y regiones del país. Entre ellas, se encontró la solicitada de Montoneros Soldados de Perón del 15 de marzo, en la cual se aseveró que “la conducción de Montoneros es Perón” y se desconoció a la Conducción Nacional. Sus firmantes, en orden de aparición, fueron la Columna Oeste (Gran Buenos Aires), la Columna Capital Federal, la Columna Nordeste (ex Columna Artigas), unidades de la Columna Sur y de la Columna Norte (ambas del Gran Buenos Aires). Asimismo, los periódicos señalaron escisiones en las JPr I, II y VIII y en la JUP.⁸ Estas menciones se encuadraron en las reuniones formales que Perón promovió con los dirigentes juveniles durante su tercera presidencia, a cuya mayoría Montoneros rechazó el convite, a diferencia de algunos exponentes de la disidencia. Además, éstos habrían tenido intercambios informales, incentivados por el propio líder, interesado en debilitar a una organización que insistía en desplegar su estrategia sin abandonar las armas ni circunscribirse a la disciplina del Movimiento.⁹

El funcionamiento de la disidencia respetó el carácter semiclandestino de Montoneros y la idea de conjugar estructuras de superficie con un núcleo

⁷ Las pertenencias de los disidentes anteriores a la Tendencia fueron múltiples: organizaciones armadas como Descamisados y Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), grupos universitarios, organizaciones sindicales, y grupos de filiación católica. Amén de esta variedad, es interesante precisar que para quienes venían de las FAP la escisión evocó su experiencia pasada. En efecto, hacia mediados de 1971 esta guerrilla se había dividido entre los “oscuros” y los “iluminados”, representantes de la postura “movimientista” (que impulsaba los vínculos con los actores del Movimiento Peronista) y la “alternativa independiente” (que planteaba articular espacios por fuera de aquél y sostenía esquemas más cercanos al marxismo), respectivamente. Muchos de los primeros se incorporaron a Montoneros, y luego se integrarían a la Lealtad. La información sobre las rupturas fue recolectada de Ivancich y Wainfeld (1985); Gillespie (1982: 175-176); Perdiá (1997: 210); Anguita y Caparrós (2006: 389-390); Aiscurri (2003: 117-190); Amorin (2006: 208); Peyrou (2010); Montero (s/f); Salcedo (2011: 271); y entrevistas de la autora. A diferencia de la Lealtad, otras escisiones previas de Montoneros, como la “Columna Sabino Navarro” o la “Columna recuperación Cooke-Pujadas”, cercanas ambas al Peronismo de Base, habían reivindicado su autonomía respecto del liderazgo de Perón y la defensa de posturas “clasistas”. Por ello, muchos se han referido a la Lealtad como la JP “ortodoxa”. Véase Fraschini (2008: 250-252).

⁸ Sobre las referencias en los diarios, consultar Montero (s/f: 10-14); y Salcedo (2011: 258-282). Además, Salcedo describe las reuniones de la Columna Oeste de Montoneros que precedieron a la ruptura (2011: 156). La solicitada firmada por Montoneros Soldados de Perón se incluye en el apéndice fotográfico del libro.

⁹ Al respecto, Anguita y Caparrós (2006: 389-390); Reato (2008: 273-277); y Salcedo (2011: 260-262, 266-267, 274).

armado. Se preservaron, en general, los niveles y las jerarquías de procedencia.¹⁰ El desarrollo de los frentes de masas fue acompañado por la realización de dos congresos regionales y sectoriales: uno en la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Buenos Aires, el 28 de abril de 1974; y otro en la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos de la República Argentina en la segunda mitad del año.¹¹ Cierta representación parlamentaria se dio a través de los diputados de la Juventud Peronista que, contrariando la orden de la Conducción Nacional de Montoneros, se quedaron en sus bancas tras la ríspida reunión con Perón a raíz de la reforma del Código Penal. Sus actividades fueron coordinadas por Nicolás Giménez.¹² Por otra parte, cabe mencionar que el mantenimiento del sector militar habría sido aprobado por Perón. Según los testimonios, luego de una conversación con el presidente y con el objeto de mostrar la disposición a abandonar el “militarismo montonero”, se efectuó una “voladura” simbólica de algunas armas en la zona del Delta. Posteriormente, tomando las sugerencias de aquél, se fundó un pequeño circuito clandestino, que ejecutó mínimas operaciones. Éste comenzó a desmembrarse hacia mediados o fines de 1974, después del secuestro de un empresario que desembocó en la detención de buena parte de sus integrantes.¹³

La experiencia de la Lealtad fue breve. Su disolución ocurrió a fines de 1974, debido a diversas circunstancias. En primer lugar, por la ola de violencia que se extendió durante el gobierno de María Estela Martínez de Perón. En segundo lugar, por el carácter heterogéneo de la experiencia, que aunó a grupos con especificidades y proyectos disímiles. Mientras que varios buscaron inaugurar prácticas novedosas, otros pretendieron replicar los esquemas de Montoneros. Los desacuerdos surgieron, a su vez, con relación al gobierno de “Isabel”: ninguno se enfrentó cabalmente, pero el abanico de aceptaciones

¹⁰ Los testimonios recuerdan que la conducción del ámbito armado fue ejercida por Eduardo Moreno, Alejandro Peyrou y Enrique Padilla. Respecto de los dirigentes de superficie, se nombra a los curas Jorge Galli y Jorge Goñi, a Nicolás Giménez, Norberto Ivancich, Ernesto Villanueva, Jorge Obeid, entre otros (entrevistas de la autora).

¹¹ *Movimiento* (núm. 1: 27); y Aiscurri (2003: 168-169). En el Congreso de abril se conformó una Coordinadora Provisoria, integrada por Horacio González (Capital Federal), Edmundo González (Gran Buenos Aires Norte), José R. Canalls (Sur), Ricardo Gómez (Oeste), Mario Madiovani (Unión de Estudiantes Secundarios), Norberto Ivancich (Juventud Universitaria Peronista), Mario Cisneros (Buenos Aires), Enrique H. Vallejos (Santa Fe), Roberto Hyen (Rosario) y Víctor Espinosa (Corrientes). Véase Montero (s/f: 12-13).

¹² Según Perdía, quienes concurrieron a la reunión y no renunciaron fueron Nicolás Giménez, Juan Manuel Rodríguez, Juana Romero y Enrique Svrsek (Perdía, 1997: 219). Salcedo concuerda con esta enumeración pero reemplazando a Svrsek por Roberto Bustos (Salcedo, 2011: 255). La reunión se transcribe en Perón (2002: 49-60).

¹³ Salcedo (2011: 261-262, 270).

fue múltiple. En tercer lugar, por el perfil desarticulado del espacio, que no logró erigir una estructura centralizada y orgánica ni demasiados ámbitos de deliberación y toma de decisiones. Según los relatos de los ex militantes, ello se habría explicado por la voluntad de muchos de oponerse a la rigidez del organigrama planteado por Montoneros. Siguiendo esta tesis, se propusieron “coordinadoras de militantes” o “asambleas permanentes”, contrariando a los pocos que todavía sostenían la preferencia por el “aparato” como instancia organizativa.¹⁴

Luis Alberto Romero afirma sobre la JP Lealtad: “[L]uego de Ezeiza, la política de calles se limitó a dirimir la lucha de tendencias dentro del peronismo [...] Montoneros absorbió a todos los que, de una u otra manera, se identificaban con la ‘patria socialista’, mientras que su contrario, la ‘patria peronista’, acogió a los sectores dispuestos a frenar a Montoneros [...] Quienes intentaron romper esta polaridad —como el grupo JP Lealtad, escindido de la ‘histórica’ JP— fracasaron”.¹⁵ Hemos marcado en otro lugar las dificultades que supone dicha separación para aprehender el periodo, argumentando que lejos de ser la tradición peronista la bandera de un sector en particular, se convirtió en la lógica de constitución de los sujetos políticos durante los años setenta.¹⁶ Si ello es así, entonces, ¿cómo construía la JP Lealtad la tradición peronista? ¿Qué los diferenciaba de la organización Montoneros? ¿Cómo concebían al pueblo y a Perón? ¿Cómo significaban la violencia? ¿Qué noción de comunidad política defendían? ¿Cómo configuraban, en suma, su espacio de pertenencia?

El presente artículo se orientará a responder, provisoriamente, estos interrogantes. Se analizará, para ello, la revista cercana a la JP Lealtad, *Movimiento para la Reconstrucción y la Liberación Nacional*, cuyos 11 números se publicaron de abril a septiembre de 1974.¹⁷ Su examen remitirá, inevitable y permanentemente, a las revistas que la organización Montoneros editó durante dicho periodo, *El Peronista Lucha por la Liberación (EP)*, con 6 números de abril a mayo de 1974, y *La Causa Peronista (LCP)*, con 9 números de julio a septiembre del mismo año. Estos semanarios reemplazaron a *El Descamisado (ED)*, luego de su clausura por decreto del Poder Ejecutivo.¹⁸

¹⁴ Ivancich y Wainfeld (1985). Entrevistas de la autora mencionadas.

¹⁵ Romero (2002: 132).

¹⁶ Slipak (2011).

¹⁷ El director de *Movimiento* fue Miguel Saiegh, y el equipo editorial estuvo conformado por Horacio Eichelbaum, Ricardo Roa, Hernán Patiño Mayer, entre otros. Su tirada quincenal rondó los 7000 a 8000 ejemplares. Cabe aclarar que *Movimiento* no expresó una línea oficial de la Lealtad, puesto que la disidencia nunca llegó a organizarse centralizadamente. No obstante, los testimonios de los ex militantes concuerdan en asignarle a la publicación un carácter representativo de sus discusiones en la época. Entrevistas de la autora.

¹⁸ Aunque nominalmente los directores de *ED*, *EP* y *LCP* fueron, respectivamente, Dardo

Antes de comenzar a estudiar los sentidos allí plasmados, resta señalar una advertencia metodológica. Las páginas siguientes obviarán las preguntas acerca de la intencionalidad oculta detrás de los dichos. Por ejemplo, como se ha formulado repetidas veces, ¿eran los Montoneros realmente peronistas? ¿Creían sinceramente en Perón? Y, en la misma línea, ¿qué estrategia escondían detrás de la mencionada adhesión? Estos interrogantes se orientan a desentrañar las *verdaderas* intenciones que tenían los autores al elaborar las revistas, y dirigen la atención del investigador hacia tópicos como la sinceridad, el engaño e, incluso, la manipulación —gramática con la cual, por cierto, no pocas veces se ha tratado de aprehender el peronismo—. Antes que estas cuestiones, lo que interesará aquí es explorar las tramas de sentido que las publicaciones hicieron circular, puesto que más allá de las estrategias que hayan llevado a numerosos individuos a adoptar la “camiseta peronista”, no resulta verosímil considerar que éstos hayan podido desecharla rápidamente cuando la conveniencia lo requiriese. Es decir, como advierte agudamente Carlos Altamirano, “una máscara política no es nunca sólo un máscara: usar una nos enlaza a una red simbólica, que es también una red de posiciones, de pertenencia y de conflicto, de filias y fobias; es decir, define el lugar que ocupamos en la trama intersubjetiva. Nos hace ser lo que al comienzo sólo actuamos como un papel, una máscara —más aún cuando ese papel va unido a apuestas tan altas que se está dispuesto a matar o dar la vida”.¹⁹ En breve, difícil es negar la dimensión constitutiva que presenta toda identidad política.²⁰

II. Los pueblos y la violencia

Después de varios años de exilio, el 1º de mayo de 1974 Perón se encontraba de regreso en el país dispuesto a repetir uno de los mitos fundantes de la identidad peronista: la reunión con *su* pueblo en la Plaza de Mayo.²¹ Las

Cabo, Miguel Lizaso y Rodolfo Galimberti, quien efectivamente se ocupó de dicha tarea en los tres casos fue Jorge Lewinger. Junto con él, se mantuvo el equipo editorial, conformado por Ricardo Grassi, Enrique Walker, Juan José Azcone, entre otros. Salvo el de los directores nominales, ningún otro nombre apareció en los números de las publicaciones. Su tirada semanal osciló entre 36 000 a más de 100 000 ejemplares. Para decidir la línea editorial de cada número, Jorge Lewinger se reunía con miembros de la Conducción Nacional de Montoneros. Entrevistas de la autora.

¹⁹ Altamirano (2001: 136).

²⁰ Para un análisis detallado del punto, véase Aboy Carlés (2001: 19-74).

²¹ Mariano Plotkin estudia los rituales políticos que sostuvieron la legitimidad del llamado primer peronismo. Entre ellos, se encuentra la imagen del contacto directo entre Perón y el pueblo, celebrada en los actos del Día del Trabajador (1º de mayo) y del Día de la Lealtad (17 de octubre). Véase Plotkin (1993).

crecientes tensiones desplegadas desde su llegada a Ezeiza con lo que otrora había sido la “juventud maravillosa”²² anunciaban una jornada difícil. El semanario *EP* no titubeó, sin embargo, en realizar sucesivos llamados a asistir a la Plaza aquel Día del Trabajador, logrando, según la cifra de Sigal y Verón tomada del diario *La Opinión*, la movilización de unos 50 000 militantes.²³ A pesar de haber sido prohibidas las banderas de los diversos sectores y agrupaciones, Montoneros llevó las suyas a la concentración, coreando “Qué pasa, qué pasa, qué pasa General, está lleno de gorila(s) el gobierno popular”. La respuesta de Perón no fue sutil. Luego de sus referencias a los “imberbes”, y a los “estúpidos que gritan”, las columnas comandadas por Montoneros se retiraron de la Plaza al canto de “aserrín, aserrán, es el pueblo el que se va” y “si este no es el pueblo, ¿el pueblo donde está?”²⁴

Las explicaciones más usuales de esta escena se centran en señalar la intención de la Conducción Nacional de Montoneros de presionar, exhibiendo su poder de convocatoria, al entonces presidente. Dicha pretensión no podría desdibujar, de todas formas, la dimensión mítica que, como lo señala Carlos Altamirano, tenía la asistencia a la Plaza de Mayo para la identidad montonera.²⁵ En este sentido, la llamada “obsesión estadística”²⁶ no basta para aprehender lo sucedido. En efecto, la importancia del encuentro entre Perón y el pueblo trascendía el accionar de orden exclusivamente estratégico. Afirmaba al respecto *EP*: “Hay una relación que hace a la esencia misma del peronismo, que está interrumpida. Es el vínculo directo, frente a frente, entre el pueblo y Perón. Este encuentro signó al movimiento desde sus orígenes, desde el mismo 17 de octubre” (*EP*, núm. 1: 2).

Al igual que el secuestro y asesinato de Aramburu, el significado de la concurrencia a la Plaza de Mayo excedía por mucho un objetivo instrumental

²² “Tenemos una juventud maravillosa, que todos los días está dando muestras inequívocas de su capacidad y grandeza [...] No sabemos hasta donde nos llevará la violencia de la dictadura militar. Por eso debemos prepararnos y actuar frente a todo evento. El Movimiento Peronista ha de estar organizado apropiadamente para ello, de forma que permita la lucha orgánica de superficie y pueda hacer frente también a las formas cruentas que suelen ser impuestas por las dictaduras como la que azota al país de nuestros días. Las Formaciones Especiales encargadas de lo último, han de tener características especiales y originales, como especiales y originales son las funciones que debe cumplir”, “A los compañeros de la Juventud”, 23 de febrero de 1971, citado en Baschetti (2004: 139).

²³ Sigal y Verón (2004: 228).

²⁴ Para una recopilación de las consignas orales de los diversos grupos de los setenta, véase Tcach (2002: 13-77).

²⁵ Altamirano (2001: 135-140).

²⁶ Maristella Svampa cataloga con dicha expresión la preocupación de las agrupaciones de la época por aportar militantes a las concentraciones y movilizaciones públicas. Véase Svampa (2003: 416).

y se vinculaba con la construcción y el sostenimiento de una identidad. Es necesario, no obstante, profundizar en este señalamiento: porque si se trataba de una cuestión simbólica y no sólo de un acto estratégico, ello no redundaba en la apropiación del mito de origen peronista como un gesto mecánico y lineal. En definitiva, toda recepción de una tradición supone una reinención que imposibilita concebirla como una repetición pasiva. Amén de su carácter condicionado, existe siempre una dimensión creativa.²⁷ De allí es que resulta decisivo atender al modo en que Montoneros construía, y no sólo recibía, la tradición que decía heredar. Veamos algunas citas más:

El pueblo que lucha por la liberación necesita un 1° de Mayo [...] Los primeros de mayo que siguieron fueron, siempre, durante estos 18 años, una jornada de lucha, una jornada más de la larga lucha de los trabajadores proscriptos. (*EP*, núm. 2: 3, 5)

Históricamente, el vínculo entre los trabajadores y su líder fue la única herramienta capaz de enfrentar a un enemigo acechante: el imperialismo y la oligarquía. Ese fue siempre el sentido del 1° de mayo durante los 10 años de gobierno peronista: una multitudinaria asamblea, un plebiscito popular. (*EP*, núm. 2: 6)

Algo que daba continuidad al Movimiento desde el gobierno y en la lucha desde el llano, se ha roto este 1° de mayo en la Plaza: el pueblo no fue consultado por Perón; no nos preguntó qué opinábamos de 11 meses de gobierno [...] Y el pueblo no estuvo de acuerdo, lo expresó a los gritos con sus consignas y cantos, pero sobre todo vaciando la Plaza a medida que el General hablaba [...] conformes los gorilas, el pueblo va a luchar. (*EP*, núm. 3: 3, 6)

A Plaza de Mayo venimos el 1° a decirle a Perón que su pueblo es montonero. (*EP*, núm. 3: 26)

Ciertamente la manera en que Montoneros recuperaba la tradición peronista y se ubicaba como partisano en la ya clásica dicotomía peronismo/antiperonismo desplazaba significaciones precedentes. Mientras que, como expuso Emilio de Ípola en “Desde estos mismos balcones...”, Perón había establecido una relación asimétrica con los trabajadores en la Plaza,²⁸ el

²⁷ La discusión teórica sobre el problema de la tradición y los postulados de la corriente hermenéutica supera los objetivos del presente artículo. Una definición de esta tensión entre sedimentación e innovación que recorre toda tradición, puede verse en Ricoeur (1984: 45-71).

²⁸ “Perón, en efecto, recomienda, pide, ordena, hace valer su autoridad con respecto a sus liderados, con tanto mayor derecho cuanto que ha sido ungido por ellos como su caudillo y jefe. Más precisamente: *le ha tomado la palabra* al pueblo en los dos sentidos de esta expresión. Lo

semanario *EP* buscaba instituir y sostener un diálogo directo, una “asamblea popular”. A su vez, a diferencia de las referencias del líder a un pueblo pasivo y encuadrado jerárquicamente,²⁹ éste adquiriría en el imaginario de Montoneros un tinte intrínsecamente combativo, como resultado de la lucha desarrollada durante los años de proscripción. Pero los desplazamientos tampoco se acababan ahí: desde la perspectiva de la revista, la figura del pueblo se corporizaba en un actor concreto, el cual intentaba dialogar con Perón y expresar su discrepancia con el gobierno. Un actor que, sin embargo, era ignorado por el presidente. Ese actor no era otro que la organización Montoneros. En efecto, quien había ido a la Plaza a dialogar, quien había presentado su disconformidad, quien luego se había retirado ante la interpelación de “imberbe” no había sido otro, según el semanario, que el “pueblo”. Más todavía: ni siquiera se trataba de una parte de este último —su “formación especial” o su “brazo armado”, como había sentenciado Perón durante el exilio y como la propia organización se había autodenominado tiempo atrás—³⁰ sino de su totalidad. De lo que se trataba, por tanto, era de sustituir y encarnar al pueblo; y no a una parte de éste, sino al pueblo *per se*: “Porque la ofensiva y la fuerza está en manos del imperialismo y la oligarquía y **nosotros, el pueblo**, sólo podemos resistir su escalada para dificultársela, para hacerles perder fuerza a cada paso” (*LCP*, núm. 5: 3, negritas mías).

Es en esta línea que puede leerse la primera distancia que *Movimiento* trazó con la Tendencia. La publicación explicó la asistencia de Montoneros a la Plaza en términos de un “apriete” hacia Perón, consistente en mostrarle su capacidad de movilizar militantes. Dicho accionar se enmarcó, según la revista, en las provocaciones constantes y la “traición” hacia el conductor que Montoneros venía manifestando en los últimos meses. El ejemplo paradigmá-

que significa, por una parte, que su palabra habrá de ser la palabra del pueblo, pero también, según la inevitable lógica de las relaciones de poder, que esa palabra pertenece ahora a Perón...” (De Ípola, 1995: 146, cursivas en el original).

²⁹ “Una masa, generalmente, no tiene valor intrínseco sino en el poder de reacción como masa misma. Su poder, su verdadero poder de reacción y de acción, está en los dirigentes que la encuadran. Una masa no vale por el número de los hombres que la forman, sino por la calidad de los hombres que la conducen”, clase brindada por Perón en la Escuela Superior Peronista, 1951, citada en Perón (2005: 300).

³⁰ “Desde nuestra aparición pública los distintos personeros del régimen, sus funcionarios, sus políticos, sus generales y obispos, su prensa y sus mercenarios, han tratado de desvirtuar nuestros hechos e intenciones, acusándonos de delincuentes comunes, aventureros provocadores y fascistas. Hasta llegar a dudar de nuestra existencia como es el caso del gorilaje aramburista. Claro que toda esta maniobra fue montada con la intención de desvincularnos del Movimiento Popular, para hacernos aparecer al peronismo como algo domesticado, inofensivo, conciliador, negando la **existencia de su brazo armado**” (Documento “Hablan los Montoneros”, de noviembre/diciembre de 1970, publicado en *Cristianismo y Revolución (CyR)*, núm. 26, negritas mías).

tico había sido, por supuesto, el asesinato de Rucci en septiembre de 1973. En verdad, estos argumentos reproducían las razones esgrimidas de manera explícita por los disidentes que conformaron la JP Lealtad. Brevemente, el rechazo del “peronismo sin Perón” de la “orga”, que habría replicado la política del dirigente sindical Augusto Timoteo Vandor durante los años sesenta.³¹ En contraposición a ello, se proclamaba un nuevo espacio de pertenencia que fuera leal al presidente y a las políticas de su tercer gobierno (entre otras, la concertación económica expresada en el Pacto Social, la política exterior, la política de acuerdos parlamentarios, la reforma del Código Penal).³² No obstante, además de estas justificaciones sobre la ruptura, interesante es vislumbrar que la publicación sugería algo más:

El semanario *El Peronista* prefiere creer que sus huestes son “el pueblo”. (*Movimiento*, núm. 1: 15)

Hoy, las masas populares no encuentran motivos para apelar a la violencia y quienes la ejercen no sólo no las representan sino que promueven **un distanciamiento del pueblo respecto de la acción política cotidiana**. (*Movimiento*, núm. 2: 1, negritas en el original)

Es el pueblo mismo el que desconoce hoy la violencia como forma de expresión. (*Movimiento*, núm. 8: 1, negritas en el original)

Hubo en nuestra patria una violencia justa que —desde los **caños** obreros de la resistencia a los más altos niveles de organización popular— se insertaba en la estrategia de nuestro conductor por recuperar el poder. Es el contexto lo que califica a una y otra forma de violencia; es el proyecto político al que **objetivamente** sirven lo que las diferencia en contrarrevolucionaria y revolucionaria [...] **No hay violencia revolucionaria si esta no se inserta a la propuesta política de las masas**. (*Movimiento*, núm. 8: 8, negritas en el original)

Movimiento impugnó a lo largo de sus 11 números, que llegaron hasta los primeros meses del gobierno de María Estela Martínez de Perón, dos gestos de Montoneros: por un lado, su aspiración a encarnar al pueblo; por el otro, su intento por establecer una continuidad entre los diversos tipos de “lucha” experimentados desde la caída de Perón en 1955 (las huelgas, los “caños” y los sabotajes a la producción realizados por los trabajadores en la llamada

³¹ En el núm. 1 de *Movimiento*, la tapa declara: “Sapag, Vandor, Paladino, Tendencia. La vieja trampa del peronismo sin Perón”.

³² Véanse, para todas ellas, Torre (2004: 25-83); De Riz (1981: 55-112); Svampa (2003).

Resistencia;³³ las “puebladas” como el Cordobazo desarrolladas hacia fines de los sesenta y comienzos de los setenta,³⁴ los “ajusticiamientos” y demás hechos armados de los últimos tiempos del gobierno militar autodenominado Revolución Argentina). La revista buscó, en este sentido, deshacer la relación necesaria que la cúpula montonera propugnaba entre la figura del pueblo y el uso de las armas, y su escenificación del primero en términos intrínsecamente combativos. En otras palabras, *Movimiento* intentó desarticular lo que para la organización constituía un relato continuo: las huelgas y sabotajes de la época de la Resistencia, acontecimientos como el Cordobazo y demás “puebladas”, y las intervenciones posteriores de las diferentes guerrillas.³⁵ Se pretendía con ello desplazar y puntualizar la violencia en Montoneros, resaltando las diferencias entre las distintas experiencias sucedidas durante el exilio político de Perón.

Esta deslegitimación de la violencia montonera implicó, asimismo, su catalogación de “subversiva” y su equiparación con el accionar de los organismos paraestatales en el gobierno de “Isabel”.³⁶ Aunque la publicación buscó

³³ Respecto de las acciones desarrolladas por los trabajadores durante la Resistencia, consúltese James (1990: 69-216).

³⁴ Para un análisis de las “puebladas” ocurridas en distintas localidades del interior en tiempos de la Revolución Argentina, véase Gordillo (2003).

³⁵ A modo de ejemplo, valgan algunos extractos de *ED*: “Esta juventud es la heredera de las luchas y las banderas del movimiento [...] La Resistencia es su origen, de la experiencia del pueblo puro, que encaró la Resistencia para que volviera Perón, esta juventud es la continuación” (*ED*, núm. 39: 2). Asimismo, con relación a la candidatura de Perón a la presidencia de la Nación a mediados de 1973: “la actual situación por la que atraviesa nuestra patria es producto de los sacrificios de los bombardeos a mansalva el 16 de junio de 1955, los fusilados de 1956, los masacrados en las cámaras de tortura como Felipe Vallese y Juan Pablo Maestre, los ametrallados en las movilizaciones populares como Hilda Guerrero de Molina y Máximo Mena, los que cayeron en el combate diario como Manolo Belloni, Carlos Olmedo y Fernando Abal Medina, los 16 fusilados de Trelew el 22 de agosto de 1972 pasado y los caídos en Ezeiza cuando las balas de la antipatria impidieron el reencuentro entre Perón y su pueblo” (*ED*, núm. 14: contratapa). Véase, respecto de la construcción de este relato unificador, Slipak (2012).

³⁶ En noviembre de 1973 comenzó a actuar la Triple A (Alianza Anticomunista Argentina), organización paraestatal abocada a asesinar a quienes catalogaba de “enemigos”. Su vínculo directo con Perón sigue siendo discutido, pero es indudable que éste designó como funcionarios de gobierno a buena parte de sus protagonistas: el comisario Alberto Villar, el comisario Luis Margaride y, desde luego, José López Rega. Por su parte, el comisario Juan Ramón Morales y el subinspector Rodolfo Eduardo Almirón, ambos responsables de dicho grupo paraestatal, fueron reincorporados al cuerpo policial durante el interinato de Raúl Lastiri, un día antes de que el líder asumiera su tercera presidencia. Sobre la Triple A, consúltense González Jansen (1983); Andersen (1993); Larraquy (2007). Además, interesante es notar, como lo hace Marina Franco, el endurecimiento de la legislación impulsada en los gobiernos de Perón y de “Isabel”, destinada a perseguir al “enemigo interno”. Véase Franco (2012).

sostener el gobierno de María Estela Martínez de Perón en un contexto de creciente inestabilidad política y de rumores de golpe militar, homologó bajo la etiqueta de “contrarrevolucionarias” las violencias guerrilleras (del Ejército Revolucionario del Pueblo y de Montoneros) y la violencia paraestatal. Algunas notas rotularon como más peligrosa la represión de “ultraderecha”, pero ambas violencias fueron emparejadas en su capacidad de erosionar la “unidad nacional”:

Sumadas, la violencia subversiva y parapolicial amenazan de muerte a nuestra revolución [...] **La represión hace tanto más que los guerrilleros por lograr un clima de pánico y un estado de intranquilidad permanente. Juntos, guerrilleros y contra-guerrilleros, arrastran al desastre al proceso de la revolución peronista.** (*Movimiento*, núm. 10: 6, 7, negritas en el original)

No hay dudas de que estamos en lucha contra la subversión contrarrevolucionaria, que ya está perfectamente identificada: la organización ilegal [en referencia al ERP] y otras más pequeñas que se le suman, incluyendo una —Montoneros— que ahora también **dio la cara** decidiendo autoproclamarse clandestina. Pero frente a esa violencia, pro-imperialista y golpista en definitiva, se alza otra que teóricamente pretende “**defender**” el proceso atacando a la ultraizquierda. Esta violencia **esconde la cara** y sabotea el proceso de un modo aún más peligroso, porque se oculta bajo la hipocresía de ser su escudo, ya que operan con la impunidad de un oficialismo (falso) o de ser fuerzas de seguridad. (*Movimiento*, núm. 10: 1, negritas en el original)

Ahora que el pueblo eligió, la violencia guerrillera no puede reivindicar que viene “de abajo”, que es una respuesta. A la inversa, la represión **es una respuesta**. Pero entonces hay que defender el proceso revolucionario desde el plano político. Hay que correr contra el tiempo, para que la violencia no pueda volver a reivindicar el carácter de **respuesta**. (*Movimiento*, núm. 8: 1, negritas en el original)

Y las mayorías populares, que a su vez adherían o admitían la violencia antes, pasan ahora a ser el eje del nuevo proceso [en referencia al gobierno de Perón y de su sucesora Martínez de Perón]. Dos polos opuestos apelan a la violencia o esperan de ella el deterioro del proceso. (*Movimiento*, núm. 8: 6)

A partir de esta comparación, se recuperaba también aquel argumento reactivo acerca de la violencia que había circulado en el país durante los años sesenta, consistente en comprender la violencia social como una respuesta necesaria ante una situación de explotación gubernamental.³⁷ Esta significación

³⁷ Basta con hojear la revista *CyR*, editada de septiembre de 1966 a septiembre de 1971.

causal de la violencia volvía a aparecer en *Movimiento*, aunque invertida: si precedentemente la violencia “de abajo” se proponía como una respuesta legítima a la violencia “de arriba”, ahora se trataba de impedir la violencia de los grupos armados para evitar la violencia represiva. No obstante, cabe resaltar que este razonamiento en aras de evitar el golpe de Estado realizaba un ligero desplazamiento: ambas violencias eran comprendidas a través de su focalización exclusiva en dos aparatos aislados, es decir, dos actores claramente deslindados del resto de los sectores de la comunidad política. Los densos vínculos de los grupos armados con otras redes sociales, así como las relaciones de los organismos paraestatales con el gobierno estaban desdibujados. Lo que antes se planteaba en términos de una violencia arraigada en la sociedad, en *Movimiento* se circunscribía a dos actores desvinculados de sus tramas.³⁸

Rescapitulando, entonces, la publicación ligada a la JP Lealtad, además del explícito rechazo al enfrentamiento de Montoneros con Perón, impugnó a la organización una serie de pretensiones: encarnar la figura del pueblo; igualar el periodo de la llamada Resistencia con las acciones guerrilleras; representar al pueblo en términos constitutivamente combativos; entender la violencia como una respuesta legítima y necesaria de la sociedad a la injusticia gubernamental. Ahora bien, ¿las diferencias con Montoneros se restringían a estos elementos? ¿Qué concepción de la comunidad política se establecía en *Movimiento*?

La publicación reivindicó la lucha armada y la teoría del foco, mostrando numerosos documentos y declaraciones de grupos guerrilleros, argentinos o extranjeros (las Fuerzas Armadas Peronistas, las Fuerzas Armadas Revolucionarias, Montoneros, el Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros de Uruguay, el Movimiento de Izquierda Revolucionaria de Chile, etc.). En el núm. 5, expresaba la “necesidad de oponer a la violencia reaccionaria la violencia revolucionaria” (CJR, núm. 5: 2).

³⁸ En verdad, este no fue un argumento exclusivo de *Movimiento*. Como lo subraya Marina Franco, durante 1974, funcionarios del gobierno, representantes de los partidos políticos, diarios nacionales, el Episcopado, la Confederación General Económica y las Fuerzas Armadas articularon relatos que oscilaron entre reprobar solamente a la “subversión” y asignar conjuntamente a la “ultraizquierda” y la “ultraderecha” la responsabilidad por la situación del país. Según la autora, estas objeciones se efectuaron habitualmente mediante un “dispositivo bipolar”, consistente en aislar las figuras extremas de las redes sociales y políticas más vastas, y en otorgar a la violencia de “derecha” un carácter “reactivo” en relación con la de “izquierda” (Franco, 2012: 206-239, 301-325). Franco agrega que estos esquemas atravesaron posteriormente el periodo alfonsinista y que “el discurso de rechazo de la violencia no fue una novedad refundacional de 1983 sino parte de los fundamentos consensuales del golpe de Estado de 1976” (Franco, 2012: 302).

III. La relación con los otros

Se señaló previamente que Montoneros se apropiaba —aunque modificándolo— del mito de origen peronista. *Movimiento* tampoco escapó a esta herencia. Ejemplo de ello es la cobertura que efectuó del último discurso de Perón, en la tarde del 12 de junio de 1974 en los balcones de la Casa Rosada. La revista caracterizó esa fecha como el esperado encuentro entre el líder y su pueblo:

Fue el acto más importante desde Ezeiza. El que tuvo más polenta: desde el regreso de Perón al país la Plaza de Mayo nunca había albergado tantos trabajadores [...] **Estuvo la masa**, que accedió espontánea y libremente a la plaza, apenas recibió la señal roja encendida por Perón. (*Movimiento*, núm. 4: 6, negritas en el original)

En rigor, la verticalidad no es ningún problema [...] [En relación con el accionar de Montoneros durante el 1° de mayo] **Lo que pasó en la Plaza fue la ruptura de la verticalidad de Perón**. (*Movimiento*, núm. 9: 10, 11, negritas en el original)

Al igual que *EP*, *Movimiento* otorgó un rol protagónico al contacto entre el pueblo y el líder. Esta coincidencia, sin embargo, no se extendió demasiado. Existieron varias discrepancias en el recuerdo de dicha escena. Por un lado, como lo expresa el segundo fragmento citado, la publicación comprendía ese contacto de manera vertical, y no simétrica, como buscaban delinearlos los semanarios montoneros bajo la imagen de un diálogo directo, de una asamblea popular. Por otro lado, la concepción del pueblo supuesta en cada recuperación del mito de origen peronista era ciertamente disímil. Para advertir cabalmente esta distancia, conviene realizar un rodeo y vislumbrar primero la relación que Montoneros asumía con los actores ubicados por fuera de su espacio identitario. Indagar sus exclusiones dará una pista respecto de su escenificación del pueblo y, más ampliamente, de la comunidad política. Veamos.

La disputa que Montoneros desplegó con los dirigentes sindicales al interior del Movimiento Peronista es bien conocida.³⁹ Para explicar su rechazo de la “burocracia sindical” —condenada al mismo lugar de alteridad que la “oligarquía” y el “imperialismo”—, la prensa oficial de la organización construyó un relato retrospectivo según el cual todos los gremios habrían negociado y pactado con los gobiernos de turno en tiempos del exilio político de Perón.⁴⁰ Estas prácticas, desarrolladas ejemplarmente por Augusto Timoteo

³⁹ Véanse Gillespie (1982: 205-276); Svampa (2003: 406-419).

⁴⁰ En verdad, la arena sindical había presentado características bastante más complejas,

Vandor, habrían constituido, desde esta lectura, una traición a la lucha del pueblo por el regreso de su líder (lucha que, como se ha resaltado en el párrafo anterior, era fundamental para el tinte combativo con el cual se graficaba al pueblo en la narración montonera). A su vez, este sector habría ocupado sistemáticamente el lugar de intermediación y obstáculo en el vínculo entre Perón y el pueblo, imposibilitando su encuentro. Su mediación habría pervertido esa relación directa y sustantiva con la cual se pensaba al peronismo. Es en este sentido que Montoneros percibió, sobre todo inicialmente, las políticas y dichos de Perón desde su regreso al país: atribuyó a la “burocracia sindical” la etiqueta de “cerco” y desligó a aquél de la responsabilidad de lo ocurrido.⁴¹

La ruptura con los sindicatos se replicaba con los partidos políticos. Según las revistas de la organización, su función habría sido la de “domesticar” la naturaleza intrínsecamente combativa del peronismo. Incluso, más generalmente, los semanarios impugnaban casi todo el andamiaje institucional de las democracias liberal-republicanas (competencia entre partidos, alianzas

mostrando una heterogeneidad que no era reconocida por Montoneros. Esquemáticamente, podría decirse que hacia fines de los sesenta el sindicalismo se dividía en tres vertientes. En primer lugar, los sindicatos que alternativamente se oponían y negociaban con el gobierno, con el objeto de obtener beneficios materiales y corporativos. Esta corriente se encontraba liderada por el metalúrgico Augusto Timoteo Vandor, quien buscaba promover un “peronismo sin Perón”. En segundo lugar, los sindicatos “combativos”, que impugnaban intransigentemente el régimen militar. Esta línea articulaba demandas ligadas a la nacionalización de los sectores básicos de la economía, la expropiación de latifundios y el control obrero sobre la producción y la distribución de los recursos. Buena parte de este sindicalismo se identificaba con Perón, pero existían otros espacios en su interior que, lejos de reivindicarlo, elevaban demandas de tipo “clasista”. Finalmente, un pequeño grupo de sindicatos “participacionistas” que acompañaban todas las medidas de la Revolución Argentina. Al respecto, véase James (1990: 219-350).

⁴¹ Para mostrar algunos ejemplos: “[En referencia al acto que organizara la CGT para homenajear a Perón el 31 de agosto de 1973] Ahora resulta que a los de la CGT se les dio por movilizar. Durante 7 años de dictadura hicieron lo contrario. Y no sólo desmovilizaron a los trabajadores, sino que se dedicaron a negociar permanentemente con los sucesivos gobiernos de la ‘Revolución Argentina’. Así entregaron paros como cuando corrieron a la quinta presidencial de Olivos a recibir la orden de Onganía de levantar el paro del 1º y 2 de octubre de 1969; estuvieron fuera del Cordobazo y ajenos a todas las explosiones populares contra la brutal represión que soportamos todos estos años. Su parálisis los fue alejando cada vez más de los trabajadores que buscaron otras formas de expresión y lucha. Los sindicalistas, rápidos en negociar, clavaron el pico a la hora de luchar” (ED, núm. 15: 8). Y asimismo: “Durante estos 18 años estos sectores han especulado con la distancia que había entre Perón y el pueblo [...] negociaron el poder de Perón desde el 55 hasta ahora pactando con el enemigo, la camarilla militar, traicionando a Perón, al pueblo peronista y a los trabajadores” (ED, núm. 6: 6). Véase para la explicación de la teoría del cerco, Sigal y Verón (2004: 143-255). Cabe aclarar que conforme se acentuó el enfrentamiento con Perón, Montoneros desdibujó su teoría del cerco con la enunciación de críticas explícitas al líder. Ello no se tradujo, desde luego, en una revalorización de los dirigentes sindicales.

políticas, política parlamentaria, elecciones a intervalos regulares, agregación de una pluralidad de intereses).⁴²

En síntesis:

Aquí gana el imperialismo. Los monopolios y la oligarquía que durante 18 años de proscripción y lucha intentaron permanentemente dividir al pueblo de su líder, burocratizar el Movimiento Peronista, convertirlo en un partido domesticado. Y en este 1º de mayo ha sido un grave error suyo, General, lo que ensanchó esa brecha que siempre buscaron los enemigos del pueblo. Esta brecha, a la hora definitiva de defender el gobierno, no la llenará ni la policía, ni las Fuerzas Armadas, ni la burocracia sindical [...] Pero no nos engañemos, una cosa es que los trabajadores en su gran mayoría se hayan ido al no ser escuchados y muy otra es que le regalemos el peronismo a los burócratas que quieren desnaturalizarlo. Porque la esencia revolucionaria del peronismo es el pueblo movilizado y participando en las decisiones de su gobierno y de su Movimiento. (*EP*, núm. 3: 3)

Todo ello se oponía, en definitiva, a la forma con la cual se construía la tradición peronista: una comunidad compuesta por la identificación inmediata entre un líder y su pueblo. Se rechazaba, así, la existencia de las diversas agrupaciones parciales (ya sean sindicatos o partidos políticos) entre el Estado y la sociedad, destinadas a configurar la voluntad popular. Éstas eran catalogadas de “obstáculos” a la diada peronista. El pueblo era entendido, pues, como una sustancia inmediata y homogénea —lo cual, como ya se ha ilustrado, equivalía a afirmar que no era sino Montoneros quien la encarnaba—, que no necesitaba de espacios intermedios para constituirse y que no dejaba muchos matices frente a lo heterogéneo:

Nosotros lo que debemos plantear es, sí, queremos la depuración del Movimiento, pero fundamentalmente de aquellos que son agentes de los yanquis en el Movimiento. Esta es la depuración que vamos a hacer. (*ED*, núm. 23: 19)

En el Movimiento peronista es imprescindible alcanzar la unidad de todos los sectores leales a los intereses de los trabajadores, el Pueblo peronista y las

⁴² Interesante resulta, en este marco, el sentido dado a la participación que la JP tuvo en la Cámara de Diputados a partir de las elecciones del 11 de marzo de 1973. Antes que defender el valor del debate parlamentario, dicha participación era entendida en el marco de la “guerra integral”: “Lo que se votó el 11 de marzo no era un simple programa de un partido liberal, porque todos sabemos que las elecciones sólo fueron una táctica más dentro de una estrategia de guerra integral para derrotar a la dictadura e implementar el proceso de liberación nacional y social. Por lo tanto, el contenido del programa supera el simple acto electoral del proceso y debemos buscarlo en toda la lucha, en todas las formas de lucha que implicó esa estrategia de guerra integral” (*ED*, núm. extra del 14 de marzo de 1974: 8).

enseñanzas del General Perón extirpando los agentes del imperialismo, el vanderismo y recuperando el carácter y la capacidad movilizadora del Movimiento Peronista. (*EP*, núm. 1: 32)

Movimiento interpretó la bandera peronista —y, por ende, pensó la comunidad política— de un modo diferente. El posicionamiento frente al Pacto Social, así como sus opiniones sobre la política parlamentaria, dan rastros de ello. Se dedicaron numerosos artículos a reivindicar la concertación sectorial del Pacto, argumentando que la etapa de lucha se había terminado con la llegada de Perón al país. Respecto de los partidos políticos, muchas notas abordaron la situación interna de la UCR, propulsando las alianzas en el Parlamento. En relación con los sindicatos, la revista se encargó de desligarlos de la etiqueta vanderista que para Montoneros portaban inevitablemente. Con este objetivo consagró muchas notas a comentar las elecciones internas de la CGT y la dinámica de la arena sindical. En suma, la negociación entre distintos actores, lejos de ser objetada, era parte de la revolución peronista:

Fue el Parlamento el que suministró el marco político que permitió avanzar al proyecto estructurado por Perón. Fue allí donde se hizo realidad el proceso de unidad nacional y donde los partidos llevaron a la práctica su compromiso de colaboración para respaldar la institucionalización del país y la restitución de la soberanía al pueblo. (*Movimiento*, núm. 2: 10)

Equivocadamente, para algunos el fantasma de la **burocracia** precede cualquier tipo de análisis sobre la rama sindical. El aparato gremial, de esa manera, es supuestamente un bloque homogéneo donde no existen mayormente diferencias. (*Movimiento*, núm. 2: 24, negritas en el original)

Durante casi 20 años, la CGT, sea por sus luchas o por su mero **peso simbólico**, representativo de millones de trabajadores encuadrados, peronistas, actuó como una suerte de **disuasivo nuclear** para impedir cualquier intento de retorno absoluto al pre-peronismo. (*Movimiento*, núm. 6: 12, negritas en el original)

Debemos abrir en abanico al movimiento para que fluyan sobre él, con dinámica integradora, todos los sectores que habrán de nutrirlo y fortalecerlo. (*Movimiento*, núm. 6: 10)

Como muestran las citas, la política de alianzas partidarias, el Parlamento y la existencia de sindicatos no eran una amenaza para el peronismo que proponía la publicación cercana a la JP Lealtad. Tampoco el vanderismo era

el lente con el cual se leía la historia de las organizaciones gremiales desde la caída de Perón en 1955. La revolución peronista no se contradecía con los elementos recién enumerados. La “lucha” era desligada, así, del uso necesario de las armas.⁴³ En consecuencia, si *Movimiento* se apropiaba del mito de origen peronista, esto no suponía, como en la prensa montonera, plantear un peronismo renuente a las agrupaciones parciales y anclado en la identificación inmediata entre un líder y un pueblo homogéneo. Antes bien, se asumía que este último presentaba una diversidad constitutiva. Por ello, se afirmaba respecto de la organización:

Este sector padeció una deformación gradual que comenzó cuando quisieron adueñarse de prácticamente todos los méritos de la lucha contra la dictadura, que compartieron con **otros varios sectores que hoy están en el movimiento peronista**, e incluso con grupos de izquierda opuestos al peronismo. (*Movimiento*, núm. 6: 6, negritas mías)

Por tanto, más allá de las críticas puntuales que la Lealtad realizó a Montoneros por su enfrentamiento hacia Perón, la revista *Movimiento* manifestó una ruptura aún mayor respecto de la organización: una manera disímil de interpretar la tradición peronista ligada a una matriz más abierta al pluralismo. Quizás se anticipaba algo de lo que años después traería la época de la transición para las identidades políticas: la desarticulación de los intentos por clausurar todo espacio de diferencias al interior de las comunidades políticas.⁴⁴

⁴³ “Ser leal a todo esto implica, antes que nada, ser leal a lo que representa **hoy Perón**. A esa propuesta que congregó más de 7 millones de votos, que se llama unidad nacional para reconstruir al país y liberarnos del imperialismo, que sigue concitando el apoyo masivo de la clase trabajadora y que implica una nueva etapa y una nueva forma de lucha” (*Movimiento*, núm. 1: 1, negritas en el original). Asimismo, respecto del discurso que dio Perón el 1° de mayo por la mañana en el Parlamento: “el pueblo sintió vibrar a su Conductor con la **revolución total** anhelada y supo que él emprendería y guiaría por los caminos de la revolución posible, eludiendo internarse en una lucha fratricida, de resultados inciertos, que sumergiera al pueblo en un baño de sangre” (*Movimiento*, núm. 1: 12, negritas en el original).

⁴⁴ Según Gerardo Aboy Carlés, la operación alfonsinista habría consistido en establecer una doble ruptura: en primer lugar, con respecto a un pasado inmediato, signado por la dictadura militar iniciada en 1976, a la cual se contraponía el carácter democrático de la gestión iniciada en 1983; en segundo lugar, una ruptura de más largo plazo, con respecto a una matriz particular de política iniciada con el yrigoyenismo y caracterizada por la pretensión irrealizable de clausurar la diversidad al interior de la comunidad. Mediante la explícita defensa del pluralismo político, el gobierno democrático de Alfonsín rompía con ese *hegemonismo* que resultaba característico de la tradición populista. Véase Aboy Carlés (2001: 163-258).

IV. Palabras finales

Las páginas precedentes indagaron la ruptura de una de las guerrillas más populosas de América Latina. El análisis de la revista ligada a la JP Lealtad y su remisión permanente a las tramas montoneras posibilitaron bosquejar una serie de distancias entre ambos espacios de pertenencia. En este sentido, el artículo buscó trascender las objeciones explícitas de *Movimiento* al enfrentamiento de Montoneros con Perón, interrogándose por la significación otorgada a una serie de elementos: los símbolos peronistas, la figura del pueblo, la concepción de la violencia y el vínculo establecido con el resto de los actores de la comunidad política.

Siguiendo estos lineamientos, se descubrió que frente a la inmediatez y la homogeneidad propias del pueblo y del peronismo montoneros, *Movimiento* admitió diversas agrupaciones intermedias y mecanismos de configuración de la voluntad popular (como sindicatos o partidos políticos). En efecto, el diálogo y la negociación entre diversos actores no constituyeron una amenaza para su “revolución peronista”. En paralelo a este reconocimiento, focalizó la violencia en dos actores deslindados de las redes de la sociedad.

De esta forma, se vislumbró cómo la publicación cercana a la Lealtad propugnó nociones divergentes de la tradición peronista y de la comunidad política que Montoneros. Pero también interesante fue advertir que en esta discrepancia podrían anunciarse ciertos rasgos pluralistas que posteriormente teñirían las identidades políticas argentinas. Algunos de los militantes de la disidencia, de hecho, participarían en el debate sobre la renovación del peronismo en la transición democrática argentina.⁴⁵ Por supuesto que dicha cuestión amerita una exploración profunda, que excede los objetivos modestos del presente artículo. Hacia allí deberán orientarse las indagaciones futuras.

Recibido: abril de 2012

Revisado: octubre de 2012

Correspondencia: Aráoz 733/6° B/Ciudad Autónoma de Buenos Aires/Argentina/C.P. 1414/correo electrónico danielaslipak@hotmail.com

⁴⁵ Tal es el caso de parte de los integrantes de la revista *Unidos*, uno de los espacios donde se dieron dichas discusiones. Véase Garategaray (s/f).

Bibliografía

- Aboy Carlés, Gerardo (2001), *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, Buenos Aires, HomoSapiens.
- Aiscurri, Mario (2003), *¡Qué vivan los perejiles!*, Buenos Aires, Catálogos.
- Altamirano, Carlos (2001), *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas.
- Amaral, Samuel (2010), “Ezeiza, 20 de junio de 1973”, *Todo es Historia*, núm. 518, pp. 6-21.
- Amorín, José (2006), *Montoneros: la buena historia*, Buenos Aires, Catálogos.
- Andersen, Martin (1993), *Dossier secreto. El mito de la guerra sucia*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Anguita, Eduardo y Martín Caparrós (2006), *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en Argentina*, vol. 3, Buenos Aires, Planeta.
- Anzorena, Óscar (1998), *Tiempo de violencia y utopía. Del golpe de Onganía (1966) al apoyo de Videla (1976)*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional.
- Baschetti, Roberto (comp.) (2004), *Documentos 1970-1973. De la guerrilla peronista al gobierno popular*, Buenos Aires, De La Campana.
- Caviasca, Guillermo (2005), “Montoneros: el enfrentamiento con Perón”, *Lucha Armada en la Argentina*, núm. 3, pp. 36-45.
- De Ípola, Emilio (1995), “Desde estos mismos balcones...”, en Juan Carlos Torre (comp.), *El 17 de octubre de 1945*, Buenos Aires, Ariel.
- De Riz, Liliana (1981), *Retorno y derrumbe: el último gobierno peronista*, Buenos Aires, Folios.
- Franco, Marina (2012), *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”, 1973-1976*, Buenos Aires, FCE.
- Fraschini, Mariano (2008), *El brazo izquierdo de Perón. Ideólogos y actores de la izquierda peronista (1955-1974)*, Buenos Aires, Grijalbo.
- Garategaray, Martina (s/f), “Peronismo y democracia. La revista *Unidos* en el debate”, en URL <http://goo.gl/venvO6>, fecha de consulta abril de 2012.
- Gillespie, Richard (1982), *Soldados de Perón. Los Montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo.
- González Jansen, Ignacio (1983), *La Triple A*, Buenos Aires, Contrapunto.
- Gordillo, Mónica (2003), “Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973”, en Daniel James (dir.), *Nueva historia argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 329-380.
- Ivancich, Norberto y Mario Wainfeld (1985), “El gobierno peronista 1973-1976: los Montoneros”, *Unidos*, núms. 7-8.
- James, Daniel (1990), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase obrera, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Lanusse, Lucas (2007), *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, Buenos Aires, Vergara.

- Larraquy, Marcelo (2007), *López Rega. El peronismo y la Triple A*, Buenos Aires, Punto de Lectura.
- Montero, Ana Soledad (2008), “Héroes, ortodoxos, disidentes y traidores. Los avatares de la Juventud Peronista Lealtad (1973-1976)”, Red Interdisciplinaria de Estudios sobre Historia Reciente, en URL <http://goo.gl/8IpmYM>, fecha de consulta abril de 2012.
- Perdía, Roberto (1997), *La otra historia. Testimonio de un jefe montonero*, Buenos Aires, Grupo Ágora.
- Perón, Juan Domingo (2005), *Manual de conducción política*, Buenos Aires, CS Ediciones.
- Perón, Juan Domingo (2002), *Obras completas*, vol. 25, Buenos Aires, Docencia.
- Peyrou, Alejandro (2010), “Lealtad”, *Lucha armada en la Argentina*, Buenos Aires, Anuario, pp. 44-63.
- Plotkin, Mariano (1993), *Mañana es San Perón*, Buenos Aires, Ariel.
- Ratliff, William (1993), “Perón y la guerrilla: el arte del engaño mutuo”, en Samuel Amaral y Mariano Ben Plotkin (comps.), *Perón: del exilio al poder*, Caseros, Eduntref, pp. 241-258.
- Reato, Ceferino (2008), *Operación Traviata ¿Quién mató a Rucci? La verdadera historia*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Ricoeur, Paul (1984), *Educación y política. De la historia personal a la comunión de libertades*, Buenos Aires, Docencia.
- Romero, Luis Alberto (2002), “La primavera de los setenta”, en César Tcach (comp.), *La política en consignas. Memoria de los setenta*, Rosario, HomoSapiens.
- Salcedo, Javier (2011), *Los montoneros del barrio*, Buenos Aires, Eduntref.
- Sarlo, Beatriz (2003), *La pasión y la excepción. Eva, Borges y el asesinato de Aramburu*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón (2004), *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, Eudeba.
- Servetto, Alicia (2010), *73/76. El gobierno peronista contra las provincias montoneras*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Slipak, Daniela (2012), “Sobre los orígenes. Peronismo y tradición en la revista *El Descamisado* (1973-1974)”, *Cuadernos del CISH*, núm. 29, en prensa.
- Slipak, Daniela (2011), “Sobre los otros. Peronismos y alteridades en las revistas de la organización Montoneros (1973-1974)”, *Papeles de Trabajo*, año 5, núm. 8, pp. 92-116.
- Svampa, Maristella (2003), “El populismo imposible y sus actores, 1973-1976”, en Daniel James (dir.), *Nueva historia argentina. Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 381-438.
- Tcach, César (comp.), *La política en consignas. Memoria de los setenta*, Rosario, HomoSapiens.
- Torre, Juan Carlos (2004), *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Verbitsky, Horacio (1998), *Ezeiza*, Buenos Aires, Planeta.

Revistas citadas

- Cristianismo y Revolución*, núm. 5, 11-1967.
Cristianismo y Revolución, núm. 26, noviembre-diciembre, 1970.
El Descamisado, núm. 6, 26-06-1973.
El Descamisado, núm. 14, 21-08-1973.
El Descamisado, núm. 15, 28-08-1973.
El Descamisado, núm. 23, 23-10-1973.
El Descamisado, núm. 39, 12-02-1974.
El Descamisado, núm. extra, 14-03-1974.
El Peronista, núm. 1, 19-04-1974.
El Peronista, núm. 2, 26-04-1974.
El Peronista, núm. 3, 04-05-1974.
La Causa Peronista, núm. 5, 06-08-1974.
Movimiento, núm. 0, 2a quincena, abril, 1974.
Movimiento, núm. 1, 1a quincena, mayo, 1974.
Movimiento, núm. 2, 2a quincena, mayo, 1974.
Movimiento, núm. 3, 1a quincena, junio, 1974.
Movimiento, núm. 4, 2a quincena, junio, 1974.
Movimiento, núm. 5, 1a quincena, julio, 1974.
Movimiento, núm. 6, 2a quincena, julio, 1974.
Movimiento, núm. 7, 1a quincena, agosto, 1974.
Movimiento, núm. 8, 2a quincena, agosto, 1974.
Movimiento, núm. 9, 1a quincena, septiembre, 1974.
Movimiento, núm. 10, 2a quincena, septiembre, 1974.

Acerca de la autora

Daniela Slipak es doctoranda en estudios políticos por la École des Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) y la UBA. Docente regular de la Licenciatura en Sociología del IDAES-UNSAM, y de la carrera de Ciencia Política de la UBA. Áreas de interés ligadas a las identidades políticas, y las décadas del sesenta y setenta en Argentina. Sus artículos recientemente publicados son “Sobre los orígenes. Peronismo y tradición en la revista *El Descamisado* (1973-1974)”, *Cuadernos del CISH*, núm. 29, en prensa; así como “Sobre los otros. Peronismos y alteridades en las revistas de la organización Montoneros (1973-1974)”, *Papeles de Trabajo*, año 5, núm. 8, 2011, pp. 92-116.

